

El futuro del hombre argentino desde la perspectiva de las humanidades

Dr. Eugenio Pucciarelli

El interés por las humanidades ha despuntado, primero, en las crónicas sobre la vida y las costumbres de los habitantes del nuevo mundo, la descripción de su naturaleza y de sus pobladores, el registro, a veces en actitud de aficionado, de sus lenguas, la evangelización de los nativos, luego, la novela y la poesía. No han faltado desde temprano preocupaciones morales: la defensa de la libertad del individuo y el derecho a la independencia de la comunidad.

De la crónica, registro no siempre completo e imparcial de los hechos, se pasó a la historia y, con el sucederse de las generaciones, ésta fue adquiriendo y acentuando su carácter científico: búsqueda y crítica de los documentos, elaboración objetiva de las series de sucesos –militares, políticos, eclesiásticos, económicos, culturales– y creciente rigor en las síntesis o panoramas. Y aunque ninguna imagen del pasado está exenta de subjetividad, ya que los intereses del presente y, por supuesto, los del individuo comprometido con su grupo social, condicionan la selección de los hechos acaecidos y determinan su configuración en imagen histórica, puede aseverarse que la historiografía ha ido acentuando su carácter objetivo, aunque esté condenada a no realizar nunca plenamente el ideal de una neutralidad total. Como todas las ciencias del hombre, hay factores ideológicos, más perceptibles en una época que en otras, que gravitan en todos los tiempos y que limitan el acceso al pasado.

Las letras han seguido itinerarios parecidos. La influencia europea no ha dejado de sentirse en ningún momento, aunque la fascinación del paisaje americano, las angustias del hombre en los órdenes económico y ético, los conflictos ideológicos vividos en las ciudades han dado, cada vez con mayor relieve, fisonomía propia a la producción literaria en los campos de la lírica, la

novela y el drama. La apreciación de los resultados ha intentado realizarse a través de la crítica literaria y, con más objetividad, en los panoramas históricos de las letras, que han permitido juzgar los aspectos transitorio y permanente de la producción estética, así como también su incidencia en la vida social a través de la crítica a los sistemas de gobierno y a la legislación de las épocas.

Se ha producido, en toda América hispánica, una *división del trabajo*, tal vez como resultado de la organización institucional de los países que han dirigido los esfuerzos individuales por canales diferentes y hasta opuestos, en provecho de una mayor especialización en el trabajo y seriedad y eficacia en los resultados. El político se ha separado del escritor y éste se ha consagrado con mayor celo a su labor específica, lo que no ha impedido que en algunos períodos críticos volvieran a conjugarse ambas vocaciones. Pero el ideal, impuesto por la división del trabajo, es la separación, y esta actitud parece prevalecer en los momentos actuales.

En el campo de la filosofía se advierten tres características, todas ellas signos de una madurez laboriosamente alcanzada. Por una parte, el planteo, cada vez más correcto, de los problemas clásicos, no sin influencia de las ideas dominantes en suelo europeo, rápidamente asimiladas y modificadas a tono con los requerimientos locales; por otro, la sucesión de las orientaciones que han servido para mostrar el agotamiento de las ideas de generaciones anteriores y la necesidad de su renovación, con lo cual se ha afianzado el carácter crítico y aun polémico de la actividad filosófica; y, finalmente, *el interés por examinar a la luz de la historia la incidencia de las ideas en la configuración de la vida nacional* a través de su influjo en la legislación y, por el camino de ésta en las instituciones en que se organiza la vida colectiva del país, sin olvidar, por supuesto, el valor técnico de los derroteros seguidos por la misma filosofía.

Cabe anotar, sin pecar por optimista, el progreso alcanzado; sería suficiente comparar algunos testimonios para comprobar los avances en amplitud y seguridad de información, actitud crítica, a la luz de las impugnaciones más

recientes, elaboración personal sobre las bases de una conciencia más aguda de los problemas y de los compromisos que implican para el hombre que los formula. Si examinamos, por ejemplo, los estudios consagrados a Kant, tal como se publicaron en la revista *Valoraciones*, que aparecía en La Plata hacia 1924, doscientos años después del nacimiento del filósofo, con estudios similares, publicados cincuenta años más tarde en los *Cuadernos de Filosofía*, de Buenos Aires, se podrá advertir sin dificultad la longitud del camino recorrido en ese intervalo de medio siglo. La enseñanza de las universidades, a pesar de todos los contratiempos a que estuvo expuesta por la sucesión de conflictos de orden político y ajenos a las actividades específicas de las aulas, ha permitido el tránsito de la época del aficionado, inteligente y laborioso, pero condenado a trabajar en el aislamiento y sin los medios de información suficientes, a la época del hombre adiestrado en el manejo de metodologías seguras y asistido, a veces, por la colaboración cordial de colegas y discípulos. Esto no amengua el valor de la obra de los precursores; sólo muestra que su esfuerzo no ha sido en vano y que hoy podemos recoger frutos de una simiente que remonta a medio siglo atrás.

Reflexiones semejantes podrían hacerse si se cotejan los estudios publicados en el *Homenaje a Bergson*, organizado por la Universidad de Córdoba en 1935, y a los estudios aparecidos en el número de *Cuadernos de Filosofía*, editado en 1971 por la Universidad de Buenos Aires y dedicado a examinar las ideas de *Heidegger*. Una visible diferencia de hondura y rigor caracteriza a la segunda publicación respecto de la primera.

Los congresos y jornadas de Filosofía, realizados en distintos lugares del país –Mendoza, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán– congregan ahora un número considerable de interesados en los problemas y su participación en los debates no deja de ser esclarecedora, fecunda, muchas veces, en sugerencias felices. Todo ello es índice de la madurez alcanzada, que si bien no es nunca definitiva porque la vida del espíritu es esencialmente creadora, está también expuesta a sufrir los deterioros que le imponen las distorsiones a que se ven sometidos los estudios universitarios. Por fortuna se han organizado, fuera del recinto

de las Universidades, centros de investigación –en filosofía, en lingüística, en sociología– que permiten alimentar mejores esperanzas.

En nuestro país *están dadas las condiciones para el surgimiento de una orientación filosófica original, emancipada, hasta donde es posible en especialidades tan ligadas a la historia, de las tutelas extrañas, que, durante muchas generaciones, inhibían el esfuerzo creador de los hijos de estas tierras. La investigación en el terreno de las humanidades, conducida en un medio cultural que no coincide con el europeo tampoco se ha apartado de sus exigencias metodológicas.* Pertenece a Occidente, sean cuales fueran las diferencias naturales y étnicas, y no podemos desmentir el legado de una herencia que acoge en su seno la ciencia griega, el derecho romano y la religión cristiana. Sobre este trípode nos es dable realizar todas las investigaciones imaginables, y acaso, en algún día no remoto, sustituir su base por otra más acorde con las exigencias de la civilización que hemos contribuido a crear con los elementos que nos suministrara aquel legado.